

La calle
Diario de un espectador

Esther Seligson
por miguel ángel granados chapa

No sólo porque era noviembre había un ánimo nublado, grisáceo en la redacción de *Proceso* durante las primeras semanas de su existencia. Trabajábamos con estrecheces de todo tipo. La casa de Fresas 16 en una porción de la colonia del Valle sin duda habría sido cómoda para una familia, pero no lo era para la redacción de una revista. Hasta julio anterior, habíamos desarrollado nuestra tarea periodística en un ambiente de holgura. Si se necesitaba que un reportero viajara súbitamente a Europa, no había limitaciones para conseguir de urgencia un pasaje y dotarlo de los viáticos necesarios. Si se ofrecía un servicio con la pluma de los mejores escritores del mundo, se contrataba sin apenas detenerse en la tarifa que había que cubrir. Aunque los salarios de los cooperativistas eran en si mismos escasos, su condición de socios de la empresa editora de *Excélsior* les confería beneficios que significaban bienestar para ellos y sus familias. La institución y las personas vivían con cierto desahogo.

La hechura de *Proceso* se realizaba en circunstancias por entero distintas. Aunque los miembros de la redacción estaban impulsados por la energía que derivaba de ofrecer una respuesta al poder gubernamental que había pretendido silenciarlos, y no se dejaban embargar por el desánimo, algo había de tristeza en el ambiente, por el bien perdido, por la impotencia al acusar el golpe, por las adversidades que cotidianamente había que vencer para salir adelante.

Ese clima grisáceo se iluminaba los viernes por la tarde. Era el día de cierre y las prisas por concluir la edición, sin contar siempre con los elementos para hacerlo tensaba las relaciones personales aun más que de ordinario. Pero entonces aparecía Ester Seligson, reluciente, con su sencillez hermosa, su discreta sofisticación y su luz, la que la envolvía toda y la que brotaba de sus ojos, que todo lo hacía brillar, empezando por sus pómulos. Se dirigía a la oficina de Vicente Leñero, uno de los dos editores de la nueva publicación —el otro era Miguel López Azuara—, quien tenía a su cargo la sección de cultura, donde la columna de Ester, su acercamiento a las obras de teatro en cartelera o a otros temas del arte dramático ocupaban un lugar preferente en el semanario.

Ya el hecho de que Leñero aceptara ser uno de los editores indicaba la disminución de los espacios profesionales que correspondían a cada quien. Él era ya un escritor laureado, con reputación internacional, y había dirigido *Revista de revistas*, la publicación creada en 1910 que por ello como una suerte de matriz de la que se formó *Excélsior*. Con su talento y dedicación Leñero la había sacado de su condición herrumbrosa y la había convertido en un semanario donde los sobresaliente era el color, el cromático y el literario. Y ahora se contentaba con hacer la talacha en la nueva revista. Pero tenía una prestación no medible en dinero, que era la visita semanal de Ester Seligson, con quien compartía intereses y gusto por el teatro.

Ester había sido colaboradora del Diorama, el suplemento cultural de aquel diario. Y naturalmente emigró con el resto del equipo, para contribuir a hacer *Proceso*. Ella aportaba a sabiendas su escritura y, sin saberlo, la luz de su presencia en los viernes penumbrosos de los primeros tiempos.

Así queremos recordarla ahora que su corazón ha dejado de latir. Se fue de repente.